



# Érase una vez...Ellos

PAOLA ASTRID MAY CASTILLO



**SEDECULTA**  
Secretaría de la Cultura y las Artes  
Comprometidos con tu bienestar  
2012 • 2018





# Introducción

Cuando la imaginación se apodera de la mente de un sujeto, y se activa cada vez más, animándose a extenderse en cuestiones que llevan a un mundo creativo, sin límites, donde el universo creado es sólo tuyo, con tus propias reglas y normas, realidades y formas. Es una señal, el momento justo e indicado para comenzar a plasmar esas realidades en una hoja de papel, acompañadas de una escritura con un estilo que lo hacen especialmente tuyo. En secundaria, esa sensación, aquella imaginación, inundó mi mente, y pronto, se deslizó a mi mano, y cuando menos me lo imaginé, los cuentos comenzaron a formar parte de mi estilo de vida.

En esta obra les comparto dos apartados de cuentos: en el primero, al que titulé “Érase una vez... Ellos”, relato los primeros cuentos que nacieron de una imaginación que no encontraba límites, y en donde la inspiración buscaba la manera de ser plasmada y exteriorizada.

Por otro lado, el segundo apartado lo denominé “Noche de eterna inspiración”. Como verán, entre la escuela, familia y otros compromisos, pasó un transcurso extenso - después de haber creado mis primeros cuentos - para que la imaginación y la inspiración volvieran a vivir dentro de mí. Hasta que una noche, decidida a crear algo nuevo, a poner en marcha la imaginación, tomé mi laptop, y me senté frente a ella, y como por arte de magia, un brillo de inspiración surgió de pronto entre la pereza; a partir de ese suceso fue que denominé el segundo apartado, pues no sólo fue una noche, sino que también plasmo, a través de años de experiencia, relatos a raíz de una mente mucho más abierta.

**PAOLA ASTRID MAY CASTILLO**

# Érase una vez... Ellos

## El tren de los recuerdos

-¿Qué hago aquí? -me pregunté después de darme cuenta que estaba en frente de mi antigua secundaria, la Federal.

No tenía ni la más mínima idea de cómo había llegado ahí, simplemente, aparecí de la nada.

Miré alrededor extrañada y no encontré a ninguna alma a la vista; un silencio total, escalofriante, lo envolvía todo. De repente, a lo lejos comencé a distinguir el débil sonido de un tren acercándose. Me volteé para quedar enfrente a la calle y observar, detenidamente, cómo el tren se detenía junto a mí. Abrí los ojos, sorprendida, el ferrocarril avanzaba en la calle y no en rieles.

La puerta del conductor se abrió de golpe. Un joven de apariencia muy amable, y que a mi parecer me pareció muy simpático, me extendió el brazo sin más.

-Sube, Abi.

Sin preguntas, tomé su mano y subí. Su presencia, aunque desconocida para mí, me proporcionaba una profunda confianza.

-Bienvenida, me llamo Kenya -se presentó, ansioso.

-¿Qué hago aquí? ¿Dónde se supone que están todos? -le pregunté confundida.

-En un momento lo sabrás ¡Sujétate bien! -exclamó, para luego jalar una palanca y el tren comenzara a moverse.

-¿A dónde vamos? -le dije mientras me aferraba al asiento con fuerza al sentir que el tren comenzaba a moverse cada vez más rápido.

-Ya lo verás -respondió con una sonrisa dibujada en sus labios, al mismo tiempo que jalaba otra palanca y el ferrocarril avanzaba más y más deprisa.

Recorrimos varias casas, pero a pesar de que conocía la ciudad, de que sabía dónde me encontraba, no lograba recordar dónde quedaba mi hogar. Miré nostálgica las calles, como esperando que una pista, algo, lo que sea, me hiciera distinguir al menos cuál era mi casa. Cuando menos me lo esperé, en tan sólo cuestión de minutos, el transporte de vagones se detuvo frente a una distinguida casa blanca. Miré a Kenya. Tal vez mi mirada reflejaba que él me dijera que era lo que yo pensaba que era, o más bien, lo que deseaba que fuera, y dejé de dudar cuando él asintió y me animó a entrar. En ese momento, lo entendí. No me di cuenta en qué momento me había bajado del tren y ahora, me veía parada frente a la puerta de mi casa, la observé; como por instinto, alcé una mano para sentir la madera y su calidez. En ese instante, un destello pareció cegarme; varias imágenes en mi cabeza se agolpaban avisándome que los recuerdos comenzaban a surgir. Agaché la mirada, y sonreí nostálgica. Una lágrima resbaló por mi mejilla. ¿Por qué estaba tan vacía? Sentía como si hubiera pasado mucho tiempo.

Sentí de repente la presencia de Kenya a mis espaldas.

-Vámonos, hay que seguir -ordenó en un tono tan suave que más me pareció un susurro.

El recorrido fue a parar en otra casa, esta vez, más humilde que la primera. Avancé hasta donde las rejas me permitieron. No evité soltar un suspiro adornado con una sonrisa de melancolía.

-Abuelitos... -susurré.

Seguidamente nos detuvimos en una escuela. Creo que era demasiado obvio como para no suponer que era la preparatoria donde estudiaba. Cada vez más la inquietud me invadía, pues todos los recuerdos que recuperaba me invitaban a descubrir y querer saber más y más. Las ansias, la emoción, pero también, había un sentimiento que aunque no quería reconocer, intentaba por todas salir desesperadamente: el miedo.

-He podido recordar a mi familia, mis amigos, mi vida... ¡todo! Pero aún no logro entender por qué la ciudad está desierta... por qué me siento tan sola... -me quedé mirando fijamente a Kenya. Pero no se atrevía a decirme nada, ni una pista.

Podía descubrir en sus ojos que me ocultaba algo, un brillo que me invitaba a saber, a preguntar, pero que al mismo tiempo, me estremecía. Nos miramos fijamente por unos momentos. Mis ojos buscaban ansiosos los suyos, y él, cabizbajo, me evitaba. Hasta que por fin habló:

-Sigamos, aún te falta un lugar por visitar -terminó por darse la vuelta y subir al tren.

No entendía su mirada ¿Estaba triste? ¿Serio, tal vez? ¿Acaso al lugar a donde iríamos guardaba un oscuro secreto?... ¿Un recuerdo?

El recorrido fue más corto de lo que había pensado, y su destino, fue todavía más alarmante. Ambos entramos al hospital, yo lo seguí tras sus espaldas, pero a cada paso que daba, un escalofrío recorría mi cuerpo. Quería saber qué recuerdo ocultaba este lugar, pero al mismo tiempo mis piernas temblaban pidiendo salir y olvidarme de todo.

Nos detuvimos en una puerta blanca. El número seis era lo único que la identificaba. Mi corazón estaba acelerado. Kenya se hizo a un lado para dejarme pasar. Agarré la perilla por un momento, insegura. La apreté con fuerza. Inhalé. Abrí...

Miré perpleja. Mi corazón no dejaba de latir aceleradamente hasta el punto de descubrir que mis latidos era lo único que se escuchaba en toda la habitación. La luz del atardecer me permitió notar a la persona que yacía sobre la cama ¿Quién era? ¿Estaba enferma? ¿Herida? Después de cuestionarme, descubrí entonces el sonido de las máquinas y tubos de oxígeno que rodeaban a la persona. Caminé lentamente. Llevé una mano a la boca; había reconocido el lunar en su mejilla izquierda.

-El camión de pasajeros donde ibas se vio inmerso en un accidente y se volcó. Lograron sacar a todos, incluyéndote, pero... -hizo una pausa, que me pareció casi eterna. Me angustié. - El golpe que recibiste en tu cabeza fue tan fuerte, que tus ojos no pudieron volver a abrirse -finalizó. -Tras haber quedado en estado vegetal, tu espíritu quedó vagando en tu mente sin un rumbo determinado. Yo decidí ayudarte a recordarlo -continuó.

En ese momento los recuerdos comenzaron a surgir de mi mente. Lo había recordado todo, todo. Hasta el más mínimo detalle.

-Lo recuerdo como si hubiera sido ayer -hice una pausa. Los ojos se humedecieron. Estallé. -Ese día había deseado morir porque mi vida ya no era la misma después de mudarme a este desconocido puerto... -admití entre sollozos.

Kenya no soportó verme llorar y me abrazó, a pesar de que se estaba absteniendo.

-Todos se burlaban de mí, no tenía amigos... estaba sola.

-Lo sé. Por eso tienes que tomar una decisión, Abigail. Regresar a tu cuerpo, o quedarte aquí hasta que mueras -aquellas palabras fueron punzantes, y por un momento, frías. Lo miré, apenas visualizándolo por las lágrimas que nublaban mi vista. Me sentía insegura, y por lo tanto, desamparada. -Yo soy tu amigo, Abi, pero ya no puedo seguir ayudándote. Esta es la despedida.

-¡Kenya, no! -supliqué, desesperada. La voz apenas me daba para pronunciar palabras entrecortadas. No quería quedarme sola, no otra vez. No me sentía fuerte... no.... No estaba lista.

-Te estaré esperando.

-¡No te va...! -imploré, pero en cuanto me di cuenta, Kenya se había marchado. Las manos que sujetaban mis hombros, habían desaparecido; la única persona que no me hacía sentir sola se había desvanecido.

Abandonada, desconsolada. Me acurruqué en un rincón de la habitación. No podía dejar de llorar. Cuando me di cuenta, la noche había caído, y una sensación de frío comenzaba a apoderarse del ambiente. Sentí de pronto mis fuerzas desvanecerse... miré, moribunda, por última vez mi cuerpo; ya mis brazos no me respondían y la vista, se me nublaba. Suspiré...

El sonido de las máquinas y de un respirador comenzó a volverse más fuerte. La boca seca, el cuerpo tieso. Abrí lentamente los párpados. Reconocí entonces los ojos con los que se encontraron.

-Te dije que te estaría esperando.



# Aquel atardecer

Rincones, rincones; el silencio se apoderaba profundamente de esa casa.

Aquella casa tan pequeña que se encontraba abandonada desde ya hace mucho.

El motivo de mi visita era porque cada día que podía me subía al viejo pero aún resistente techo para deleitarme con el bello espectáculo, con los suaves colores del atardecer.

Las visitas se volvieron cada vez más frecuentes luego de la muerte de mi padre, ya que mi casa, después de haber sucedido aquella desgracia que quisiera olvidar, se volvió fría y oscura, tal como sucedió con la mujer que alguna vez fue una hermosa y amable madre.

Sí. Esos dulces e inolvidables momentos se habían quebrado como copa vacía y jamás regresarían... jamás... estaba completamente segura, y por eso, en los días más oscuros, el resplandor rojo-anaranjado del crepúsculo era mi única compañía. Sin darme cuenta, la noche cayó.

-Susan... ¡Susan! -de repente, los gritos desesperados de mi madre me alertaron y corrí, lo más rápido posible, de regreso.

-¿Dónde te has metido, mocosa? –gruñó.

-Mamá, yo... -no me dio tiempo de terminar y jaló de mi brazo con fuerza, hasta el punto de sentir sus uñas atravesando mi piel.

-¡Te he dicho que no salgas de la casa sin mi permiso! –escupió.

En sus ojos podía notarse la rabia con la que me golpeaba, una y otra vez, sin detenerse, con la mano abierta.

Era algo injusto y doloroso para una niña, que la trataran de esa manera el mismo día que cumplía 11 años. Era el primer cumpleaños por el que pasaba que llegué a sentirlo gris y frío, y tal vez, el comienzo de muchos.

Subí a mi habitación entre sollozos, sin quejas ni excusas. No estaba enfadada, no tenía por qué estarlo, sólo triste; admito que no era su culpa, mamá también sufría el adiós de mi padre.

Pocos días después, mi madre enfermó de la vista y quedó ciega. Pero, a pesar de su ceguera, el odio y la crueldad seguían apoderándose de ella.

-Susan ¿Puedes venir un momento?

-Sí, mamá -me acerqué, ingenua, junto a la silla donde se encontraba sentada, en la pequeña terraza de la casa.

-¿Podrías tomarte esto por mamá? –su voz fue suave, como hacía ya mucho, pero también misteriosa.

Extendió el brazo con el vaso en mano.

Aceché, temerosa; el líquido era transparente como el agua.

-Apesta... –agregué.

La sonrisa que mi madre había dibujado pronto se borró y una cara endemoniada surgió.

-¡Qué te la tomes! –gritó, al mismo tiempo que me aventaba el vaso y la sustancia se derramaba sobre mis ojos. No evité gritar; me

quemaba, mis ojos ardían intensamente, era insoportable. Me retor-  
cía, desesperada.

El líquido aquel me quemaba lentamente los ojos, y con ello, mi  
vista.

Los vecinos que pasaban por ahí lo habían presenciado todo. No  
tardó en llegar la ambulancia y la policía.

Los paramédicos me atendieron con rapidez. En cuanto me lleva-  
ron al hospital, me operaron. Había oportunidad de recuperar mi vis-  
ta. La había.

Horas más tarde, me informaron que mi mamá se encontraba en  
un hospital psiquiátrico.

Después de todo lo sucedido, mis abuelitos decidieron cuidarme.  
Nuevos, bellos y coloridos momentos iniciaron...

Los años pasaron y me casé.

Cada que puedo, acompañada de mi esposo, visito a mi madre al  
hospital, aunque las visitas no son muy agradables para ella. Y sin  
olvidarme de la rutina, acompañada siempre de mi marido, me sien-  
to a las afueras de mi casa para sentir el crepúsculo, e imaginarme  
nuevamente, el último atardecer que disfruté aquel día...



# Con la soga al cuello y pistola en mano

Gritos, insultos, golpes; ya era costumbre que en la mañana mis padres siempre pelearan por insignificancias y estupideces.

Por desgracia, siempre tenía que pasar por el comedor donde cada mañana ladraban, para tomar mi mochila.

-¡Come tu desayuno, Iván! –gruñó mi madre, siempre una arpía.

-¡Iván! –espetó mi padre, un maldito y desgraciado demonio.

No les hice el más mínimo caso, ni siquiera los miré a los ojos y aporreé con brusquedad la puerta al salir.

Terminó la escuela. Había tenido un pésimo día; peleé con la maestra y le aporreé la libreta. El odio y la ira se habían acumulado desde que era pequeño y ahora salía del cascarón.

Llegué a la casa, devastado. Los ladridos no cesaban.

-¡Iván, Idiota! -gritó el demonio.

-¡Malcriado! -chilló la arpía.

Cerré los ojos y apreté los puños hasta al punto de sentir las uñas clavándose en la piel. No lo soportaba, no lo aguantaba más ¡Estaba harto! ¡Harto de sus peleas y ofensas!

Estallé...

Guardé la pistola en mi mochila y observé, sonriente, los cuerpos bañados en sangre de los perros.



# La promesa

Me mecía lentamente en el sillón. La sala poseía un ambiente tranquilo y pacífico, sólo el rechinar de la silla mecedora se escuchaba, sólo eso. Dejaba pasar el tiempo como de costumbre, como todas las tardes.

Giré la cabeza hacia la mesita de madera que estaba a un lado de mí, donde se encontraba un portarretrato. Lo tomé, y me coloqué los lentes para ver mejor.

Sonreí nostálgica. Era la fotografía de un niño entregándole una florecita rosa a una niñita.

Aquellos tiempos, aquellos preciados e inolvidables momentos, eran un tesoro.

Es entonces cuando comencé a recordar lo poco que la vejez me permitía.

Era una linda mañana en el jardín; el cielo azul, aire fresco. Estaba jugando con mi mejor amigo; aún recuerdo su cabellera castaña y sus ojos verdes que brillaban intensamente. Pero por alguna razón que la edad no me deja recordar, comencé a llorar. Entonces él, muy inocente, me colocó una delicada flor rosa entre mi cabellera igual

de castaña, y mientras pasaba un dedo por mi mejilla rosada para quitar una fina lágrima, me dijo:

-Cuando seamos adultos me casaré contigo. Te lo prometo.

Yo le sonreí muy feliz y emocionada. Éramos unos niños, no sabíamos lo que hacíamos.

Pasaron los años y llegamos a la primaria. Seguíamos siendo los mejores amigos hasta entonces.

Siguió la secundaria, obviamente los dos tuvimos nuestros cambios por la edad, que avanzaba y avanzaba sin pedir permiso.

Entramos a la preparatoria y nuestro amor crecía cada día que nos veíamos y nos la pasábamos juntos.

Llegó un día en que nos convertimos en novios. Era como un sueño, y si lo fue, un sueño del que jamás desperté.

Nos graduamos y cada quien se fue por universidades diferentes. Aunque nos separamos, nuestra relación jamás acabó, y por lo tanto, tampoco nuestro amor. No tardó en llegar el día en que me propuso matrimonio. Era el día más feliz de toda mi vida, las lágrimas de felicidad no cesaban de resbalar por mis mejillas. Todo parecía ser una ilusión, pero sabía que no lo era.

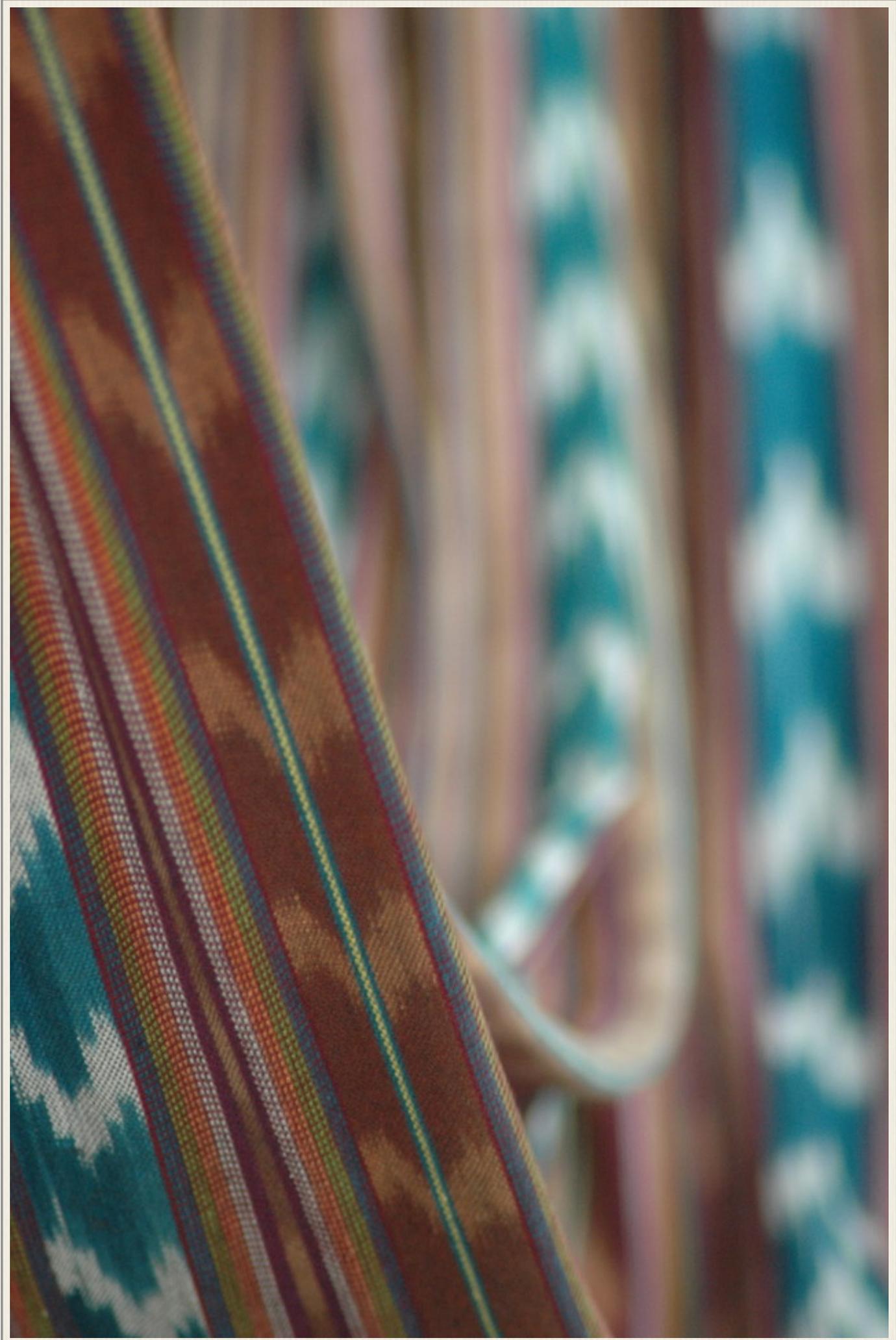
Acepté sin siquiera pensarlo, sin duda alguna; realmente, había cumplido aquella promesa de niños. Lo había hecho.

-Ya es hora de dormir, amor -me avisó mi esposo desde la habitación.

-Voy en un momento -respondí.

Dejé la fotografía en su lugar, me quité los lentes lentamente y con sumo cuidado me levanté apoyándome en mi bastón. Me retiré así de la sala.

Aquella noche de intensa lluvia y relámpagos, si el carro no se hubiera volcado, si tan sólo no hubiera salido de la casa, tal vez, quizá tal vez... la promesa no se hubiera roto.



# El monstruo del armario

Lloraba, lloraba y no cesaba de llorar. Todas las noches dormía intranquila, asustada, con el gran temor de que el monstruo del armario apareciera nuevamente.

A mis nueve años muchos de mis amigos se burlaban de mí por aún creer en monstruos imaginarios, pero yo sabía que eran más que reales.

De pronto, la manija chilló al girar; enseguida me cubrí con las sábanas; sólo mis ojos acechaban temeroso.

La puerta del armario se abrió lentamente y sus pasos, que resonaban en el piso, se acercaban cada vez más. Una gran silueta comenzó a dibujarse poco a poco en la oscuridad.

Quería gritar, gritar, pero las lágrimas me ahogaban.

Me arrebató las sábanas. Forcejeé con él, esta vez no iba a permitir que me tocara en las partes que no me gustaba. Me apretó los brazos violentamente y reaccioné, lanzando una patada que le pegó en su cara; la máscara de payaso que siempre llevaba puesta voló por los aires. Descubrí al fin el rostro de alguien muy familiar.

-Papá...

# Noche de eterna inspiración

## Maldita imaginación

Mis pensamientos van y vienen, mi cabeza es un mar. No. Más bien una tormenta de ideas, imágenes y pensamientos que atormentan mi ser, mi corazón, con simples pero fuertes ilusiones que dañan como púas de hielo.

La imaginación, yo siempre he dicho que es una “maldición” para mí; tan libre, y al mismo tiempo encarcelada como yo misma, como mis acciones limitadas. Soy un ser inferior e imperfecto que vaga por el mundo buscando el verdadero camino, un camino y una vida que es sólo falsedad y mentiras, que estamos huecos y manipulados como títeres, sin vida, sin libertad, presos de un ente imaginario que nosotros creamos... estoy hablando sin sentido.

Mi “maldición” tiene mente propia; hay momentos en los que incontrolablemente se desata brava, sin piedad, hasta el punto de crearme una mentira hecha realidad que sólo me lastima hasta lo más profundo de mi alma y corazón y desencadena un mar y tor-

menta de emociones y sentimientos que terminan desgarrando mi piel con el más insignificante roce. Para mi maldita desgracia mi “maldición” no tiene cura, y vaga divertida, acechando como un animal salvaje a su víctima y jugando con ella antes de atacarla. Lo más triste, es que mi imaginación a veces me controla, y yo no la controlo a ella, es como si por unos instantes todo cambiara y se apoderara de mi cuerpo, sin más...

Lo estoy haciendo, estoy imaginando. Mi mente juega conmigo pero yo no puedo jugar con mi mente.

Mejor cambiemos de tema, antes de que mi imaginación que en este momento está tranquila decida atacarme como un toro embravecido y no haya manera de pararla, ja, qué digo, hablo como si mi imaginación tuviera cuerpo propio. Me estoy volviendo loca, o más bien, ¡mi mente lo está creando!

Hablemos de mí, de mí misma, de lo que soy, de quién soy. A veces, siento que me conozco a la perfección, pero hay días en los que me detengo y me pongo a pensar... y me doy cuenta de que ni siquiera me conozco ni la tercera parte de mí misma, de mi persona.

Quisiera escribir hojas y hojas sin parar, sin detenerme siquiera a parpadear o a ir al baño, pero no me inspiro, no encuentro inspiración, les digo que mi mente juega conmigo, se burla, y yo no puedo burlarla, es algo que me frustra, me estresa, no poder controlarme, ¡soy una neurótica, Dios santo! ¡Que alguien me detenga! Quiero fumar un cigarrillo ¡quiero un cigarro!...

Ya han pasado unas cuantas horas, ya estoy mejor, el placer de sentir el cigarro entre mis dedos y la exquisitez de expulsar de mis cuarteados labios el humo perfecto me produce una calma maravillosamente placentera, que envuelve todas mis emociones y las quema en lo más profundo de mi ser... es, simplemente, una delicia.

Y qué mejor que acompañar una noche estresante con una copa de vino y un hombre esperando en la cama para una antojable noche de sexo...

Él me tiró a la cama; me besó el cuello, aventuró su boca hasta mis pechos y con sus dientes me bajó una copa. Gemí de excitación; besaba mi pezón, podía sentir su lengua que se movía alrededor. Me retiró el brasier. Pronto, sus manos fueron bajando poco a poco entre caricias hasta mi entrepierna. Me besaba en la boca, lo disfruté tanto que le introduje mi lengua mientras entrelazaba los brazos alrededor de su cuello. La temperatura pronto comenzó a subir, ambos comenzamos a respirar más deprisa, me besaba con más pasión, sus manos se perdieron entre mi cabellera castaña, mis manos recorrieron su estrecha y fornida espalda con fuerza, parecía que expulsaba fuego de ellas. Abrí las piernas e introdujo su miembro. Gemí excitada. Tan hermoso y placentero que ambos nos hundíamos en un mar de intensas pasiones que quemaban. Salía y entraba, salía y entraba, una y otra vez. Gritaba, gritaba, no quería que se detuviera. Sus enormes manos movían de arriba abajo mis pechos. Lo introdujo más y ¡más! ¡Y justo cuando pensé que iba explotar...!

Desperté de un salto de la mesa, miré la pantalla de mi computadora. Nada, vacío, no había escrito nada.



# Arte en vida

Hay algo que me atrae de él. Su manera de vestir: camisas que le quedan pegadas y pantalones de mezclilla. No, no es eso. Sus sexys aretes negros, uno en la oreja izquierda y otro en el lado izquierdo inferior del labio, que dan ganas de morderlos. No, tampoco. Su cabellera negra que baila coqueta con el soplado del viento. No, eso no. Pero tampoco son sus bellas cejas negras tupidas que tanto me encantan, ni esos hipnotizadores y profundos ojos café que cuando me le quedo viendo parece que me pierdo y sueño despierta... entonces ¿Qué rayos me atrae de él? ¡Ah! Ya me acordé... cómo pude olvidarlo. No me gusta, pero es como si al mismo tiempo, una parte de mi lo aceptara. Pierdo la realidad y la noción del tiempo cuando enciende poderoso un cigarro y cuando éste ya está prendido lo introduce de una manera tan elegante a su boca que todo se ve lento, excepto él. Esa mirada seria y a la vez penetrante que pone ¡Oh, sí! Sin olvidar esa manera tan hermosa de expulsar el humo de su boca, ¡Me vuelve loca!

Y es como si el humo se posara alrededor de él y envolviera su frágil pero inquebrantable cuerpo. ¡Eso! Es lo que me atrae de esa persona. Tan diferente, pero al mismo tiempo igual a todos los demás. La forma de tomar el cigarrillo entre sus dedos, la manera en que mueve los labios y esa sonrisa al final, esa atrevida y envolvente sonrisa que desata misterio y locas pasiones, desenfundadas, peli-

grosas, una sonrisa, que no es la más hermosa, pero que tiene un oscuro brillo que derrite y te atrapa.

¿Qué más puedo pedir a la vida? Si me regala una escena tan humana, un paisaje, o más bien un arte hecho persona en todo su esplendor, y no es sólo eso, sino también, que ese arte en vida guarda en sus reales colores una sombra de misterio que envuelve toda una historia de vida llena de experiencias y anécdotas que corren divertidas alrededor de toda su persona, de todo su ser, pero que nadie es capaz de observar, nadie es capaz de ver a simple vista más que esa persona a la que ha surgido de un libro que apenas sus páginas se están escribiendo con sangre y tinta...



# Armas del pecado

Escándalo ¡Es un escándalo! Las paredes se mueven y lloran sangre de colores en esa habitación. Le he dicho mil veces que se abstenga de usar esas malditas armas que sólo manchan su persona, pero pareciera que se quita las orejas cada vez que le repito eso ¡Qué barbaridad! Como si los deportes y esa escuela privada que me sale tan cara y me parto las manos trabajando para pagársela no fuera suficiente para que deje de una buena vez esa manía de ensuciarse y manchar todo lo que vea en su camino, y saber que su madre, que en paz descansa, ¡Hacía lo mismo! Y que después de su desgraciada muerte ahora él lo hace ¡el triple de lo que hacía antes!

Entré, enojado, y le arrebaté los cuadros que aún se encontraban en blanco, y sin escuchar palabra, si quiera un reclamo, salí de su habitación.

-Los quemaré, te lo advierto. Así que ¡ni intentes recuperarlos! - le espeté, antes de aporrearle la puerta.

Pasaron unos días, el silencio era su única respuesta contra mí y era lo que más me hacía enfadar. No había salido de su habitación para nada, así que me vi con la necesidad de entrar. Era, era... ¡Impardonable! En cuanto abrí la puerta de su habitación quedé perplejo, impactado. Una mancha de figuras y formas abstractas, de diferentes colores, se encontraba pintada en una de las cuatro paredes. Sentía que la sangre me hervía y que en cualquier momento escupi-

ría fuego de la boca, y él sólo me observaba serio, sin expresión alguna en su rostro, sentado en su cama.

-¡Cabrón! -exclamé, enfadado.

Entré al cuarto como un toro embravecido, tomé sus pinceles y comencé a romperlos.

-¡¿Qué haces?! ¡No lo hagas, por favor! -fueron sus primeras palabras, entre vergonzosas súplicas y llantos.

Agarré los pinceles rotos, tomé todas las pinturas que encontré en la repugnante habitación de mi hijo y las tiré a la basura. Escuché cómo el vidrio de las pinturas se quebraban y todos los colores se mezclaban pasando a convertirse en uno solo: el negro.

-¡Padre, por favor, no!

-¡Y que te quede claro que jamás, escuchaste: ¡Jamás! volverás a tocar un maldito pincel en toda tu inútil vida! -exploté.

-Te arrepentirás de esto...

Fueron sus últimas palabras después de cerrarle la puerta con llave.

Al día siguiente le quité el seguro para que vaya a desayunar. Una profunda inquietud me obligó a abrir la puerta. Un escalofrío recorrió mi cuerpo y abrí los ojos, incrédulo. Las figuras y formas, sin sentido para mí, cubrían todas las paredes de la habitación, y el olor a sangre era impresionante.



# El rebaño

Daniel era nuevo en la ciudad. Sus días de trabajar en el campo habían terminado porque había decidido estudiar la universidad. Una decisión que no muchos como él se atrevían a realizar.

Asentó las maletas en el suelo. Suspiró de satisfacción; miró la puerta de su nueva recámara; insertó la llave y tomando nuevamente las maletas, entró.

-¿Eres el nuevo? -le preguntó el joven sobre la cama, quien tocaba con gozo su guitarra de madera, antes de ser interrumpido por quien ahora sería su compañero de cuarto.

-Eeh... ah sí, soy el nuevo -tartamudeó, nervioso, pero al mismo tiempo, emocionado. Seguidamente, colocó las maletas en la que sería su nueva cama y asentó en su buró una distinguida jaula de oro con una bella paloma blanca dentro.

-Wou amigo, espera un momento, no se permiten mascotas en este instituto -exclamó el joven, casi tan asombrado como cuando se percató de que su compañero sería un campesino de cabello rubio y tez blanca.

-Oh vaya, no sabía eso. Lucy me ha acompañado a todas partes y jamás me he separado de ella, es mi mejor amiga así que...

-¿Lucy? -preguntó extrañado el joven guitarrista -¿Tu paloma tiene nombre? ¿Mejor amiga?-estalló a carcajadas el muchacho, encojiéndose en su cama mientras se apretaba el estómago que ya le dolía de tanto reír. -Sólo espero que no me digas que tu hermana es una vaca -las risas ya parecían escucharse hasta la otra cuadra. El campesino frunció el ceño, enojado.

-Eso es muy ofensivo de tu parte -espetó.

-Disculpa amigo, humor de ciudadano. Me llamo Ricardo -extendió la mano, esperando ser estrechada.

-Disculpa aceptada. Soy Daniel -respondió al saludo. Ambos sonrieron. Menuda bienvenida había tenido el joven campesino, aunque no se esperaba más.

Al día siguiente las clases dieron inicio. Para haber sido el primer día a Daniel no le fue tan mal como él había creído. Los maestros eran exigentes, pero sin llegar al extremo de estrictos; la comida era buena, para sus gustos había una gran variedad, suficiente como para deleitarse de todo, y por supuesto, el ambiente era mucho más interesante que lo que las vacas y los caballos podrían darle. Era definitivamente otro mundo.

-Bienvenido al infierno llamado universidad -exclamó Ricardo tras darle unas palmaditas en el hombro.

Daniel sonrió, extasiado, y al mismo tiempo, giraba sobre sí mismo observando atentamente la gente extraña que iba y venía de un lado a otro. Frunció el ceño, se había percatado de algo. Al parecer, todos los jóvenes tenían el mismo rostro; los ojos decaídos y la mirada perdida; una cabellera corta y negra era en lo que los varones predominaba. Repentinamente alguien fue a chocar contra su hombro; Daniel falseó pero logró mantener el equilibrio. Miró entonces de reojo. Una chica lo había empujado; rubia, con exceso de maquillaje. Miró alrededor... todas tenían el mismo aspecto.

-¿Qué esperas? Llegaremos tarde -le gritó su compañero, quien ya se había adelantado algunos pasos y ahora corría apresurado al salón.

Daniel volvió en sí.

-¡Espérame! -fue lo primero que alcanzó a decir. Sin tomarle mucha importancia a lo que sus ojos se habían percatado.

En su habitación, después de un cansado día de clase, le daba de comer a su paloma, cuando de repente, la puerta se abrió de golpe. Se trataba de Ricardo.

-Daniel, vamos a la fiesta que se hará en casa de unos amigos -mencionó el compañero del campesino, ansioso porque su amigo lo acompañara.

-No lo sé... aún tengo tarea por terminar y ya está oscureciendo.

-¡Oh vamos! Tu siempre tan matado ¡anímate! Habrá chicas y alcohol -insistió.

-No sé si deba... -bajó la mirada, indeciso. El brillo en los ojos de Ricardo de pronto parecía convencerlo. Lucy agitó fuerte las alas, estremecida. Daniel la miró, sorprendido y extrañado a la vez; jamás la había visto reaccionar de esa manera.

-¡Vamos! ¡Será la mejor fiesta de nuestras vidas! Quizá no nos vuelvan a invitar a una parecida ¡Esto será en grande, Daniel, más de lo que tú te imaginas! -continuó Ricardo, en su último intento desesperado por motivar a su compañero.

-Un poco de diversión no me hará mal -respondió al fin convencido Daniel, dibujando en el rostro una ligera sonrisa pícaro. Seguidamente, su compañero no evitó dibujar también una sonrisa, pero ésta le parecía cubrir casi todo el rostro.

Ambos amigos pronto se unieron al reventón. Diversión, alcohol, amigos, pero sobre todo, chicas calientes, es lo que jamás Daniel encontraría en el campo, pero sí lo que en la ciudad le parecía una mina de oro. Así, entre fiestas, alcohol, drogas y chicas, el semestre se

fue volando. Pareciera que la vida se hacía cada vez más fácil y poderosa, pero al mismo tiempo, confusa y distorsionada.

-Vamos, Lucy ¿Por qué no estás comiendo? -dijo preocupado Daniel, a la ahora desnutrida y débil paloma. - ¿Acaso estas enferma?

-Es un animal, algún día va a tener que morir ¿No lo crees? No sé por qué te preocupa tanto -respondió Ricardo, con palabras tan vacías e indiferentes como la desafinada guitarra que tocaba sin sentido.

-Jamás se había enfermado así -informó desesperanzado el joven campesino, o más bien, el nuevo ciudadano.

Pronto, al percatarse de que la paloma apenas se movía, dejó de insistir para que comiera. Echada sobre las rejas de la ahora oxidada jaula, Lucy temblaba. Ya no había nada que hacer, y él lo sabía. Una ola de ansiedad repentinamente lo cubrió.

-Necesito un cigarro -se aproximó hacia Ricardo quien ya lo esperaba con uno en la mano. Daniel no dudó en llevarlo a la boca después de que su compañero de cuarto lo encendiera. Un escalofrío lo envolvió de pronto. Aquella escena le parecía muy familiar. La hermosa cabellera castaña de su amigo se había tornado oscura y la mirada estaba completamente perdida.

Esa misma noche, Lucy murió...

El timbre en la mañana avisaba a todos los estudiantes que las clases daban inicio. La misma gente extraña pasaba indiferente una a lado de la otra. El timbre sonó por segunda ocasión. Ambos amigos se vieron obligados a salir de la recámara. Las cabelleras negras y miradas perdidas no tardaron en mezclarse. El rebaño estaba al fin completo.



# Tienda de mascotas

Era uno de esos días comunes y corrientes en los que pensé que pasaría otro día encerrado en esa apestosa y descuidada jaula, donde el alimento y el agua eran escasos y en donde cada día alguno de mis compañeros, o más bien, alguno de nosotros era llevado con un monstruo. Y quién se iba a imaginar que justamente hoy, yo sería la próxima víctima.

La puerta se abrió. Todas las miradas, temerosas, desesperanzadas, se clavaron hacia ellos ¿ellos?, más bien, ¡esas cosas!

-Papá, papá ¡Quiero ese! -la gran pezuña llena de grasa por la bolsa de frituras que se atascaba a comer señaló a la jaula que tenía junto.

Mi corazón acelerado de pronto pareció suspirar de alivio, pero entonces reaccioné al recordar.

-¿Estás seguro que quieres a ese humano? -el padre levantó una ceja de su repugnante cara de cerdo, no tan convencido de la elección de su hijo. -Es muy pequeño y está demasiado flaco -prosiguió.

-Hector... -dije entre mí.

Me dirigió la mirada. Su rostro demostraba profundo miedo y desesperación. Su cuerpo, desnudo y sucio, comenzó a temblar. Era tan sólo un niño de unos siete años.

-¡Pero yo quiero ese! ¡Quiero ese! -estalló la cría. Tiró la bolsa de frituras al suelo, regando las pocas papas que quedaban, mientras azotaba contra el suelo una y otra vez las pezuñas que lo sostenían.

-Déle ese -ordenó el padre de mala gana al perro encargado de la tienda.

Éste abrió la jaula. El niño, temeroso, se encogió sobre sí mismo en una esquina; aunque eso no serviría de ayuda.

El perro, desgano, aburrido de la misma rutina como todos los eternos días, lo tomó entre sus patas de un jalón; enseguida, enrolló una cadena alrededor de su delgado y frágil cuello.

El padre cerdo sacó la billetera de entre sus apretados pantalones azules y asentó un puñado de billetes verdes en el mostrador.

Los ojos del pequeño Héctor que demostraban un profundo temor se clavaron en mí, buscando desesperadamente ayuda. Me acerqué a las rejas grises de la jaula, tan frías y podridas como las almas de esos monstruos, si es que tenían, y asomé la cabeza a través del poco espacio que la celda me permitía.

-Estarás bien -fue lo único que mis cuarteados labios pudieron pronunciar. Si yo, estando solo, había sobrevivido en las frías calles con basura como festín y charcos de agua cuando apenas era un niño, muy en mi interior sabía que él iba a ser demasiado fuerte como para acostumbrarse a esos, o al menos eso quería creer.

-¡Vámonos! -exclamó la cría entusiasmada, después de jalar de la cadena con fuerza; el niño como por instinto no hizo nada más que retroceder. La cría insistió con más fuerza, hasta que entre tropezos, Héctor desapareció tras aquella aterradora puerta.

Pronto, el murmullo de los lamentos de algunas mujeres y niños comenzó a escucharse tan vago y frío, asemejándose al sonido de la tristeza y el olvido.

-¡Cállense, asquerosas criaturas! -ladró el perro. Golpeando una cadena contra las jaulas.

Horas más tarde, aquella puerta volvió a abrirse. Un escalofrío recorrió mi cuerpo; se me enchinó la piel y podía asegurar que no era a causa del viento. La cría junto con su padre había entrado, y junto con él, una cadena sin dueño.

-¿Vienen por otro humano? -preguntó el perro. -Si quieren un compañero para el que se llevaron aquí...

-En realidad... -interrumpió el cerdo padre, paseando la mirada hacia las demás jaulas, con desagrado. -Vinimos a reemplazar al otro -finalizó con secas y punzantes palabras; pareciera que era un juego y nosotros el maldito premio.

-Entiendo. Elige otro chiquitín -se dirigió el perro a la cría, a la repugnante cosa con pezuñas.

-¡Sí, sí! ¡Quiero a ese!

Mi corazón se aceleró.

-Démelo -ordenó el cerdo.

A diferencia del pequeño Héctor, yo no puse resistencia y cuando me di cuenta, ya me encontraba encadenado junto con la miserable cría ¿miserable? Tal vez yo lo era en estos momentos. Lo miré, con cierto odio; había olvidado lo inmensas que eran esas cosas.

Un profundo silencio de pronto se apoderó de la tienda. Todas las miradas de mis compañeros ¡de los míos! se clavaron en mí. Con tan sólo percatarme de la expresión de sus rostros podía descifrar lo que en palabras no se atrevían a escupir: aquí va otro, pobre diablo, mala suerte para él, menos mal que no fui yo.

Acto seguido, la enorme puerta retumbó tras mi desnuda espalda. Había olvidado cuán inmenso era el cielo, pero no recordaba lo pálido que era. Enseguida, la cadena tensó mi cuello, me vi obligado a seguirlos. No sabía si agradecerles por haberme sacado de ese infierno o llorar por haber entrado a otro.

Un gato pasó corriendo al otro extremo de la acera, y a un lado del animal, unida a una correa, una mujer que, con la mirada firme y los pechos resplandecientes, corriendo tan elegante como ninguna otra, demostraba orgullosamente ser una mascota. Me miró. Por unos segundos nuestras miradas quedaron fijas. Ella sonrió, pícara, y continuó su camino. Yo sólo le sostuve la mirada, impotente. Aun no podía entender, o tal vez no quería aceptar el hecho de que algunos seres prefirieran y gozaran de una vida entre cadenas. Por el contrario, otros como yo, habían sufrido una vida de abandono y maltrato en las calles y en esas cárceles que

muchos le llaman hogar ¿Cómo era posible? Cómo era posible que ellos sonrieran fingiendo que no pasa nada, y otros tengan que buscar la manera de sobrevivir en un mundo donde la vida era un juego de azar si se le daba la gana.

Después de un largo recorrido, entramos a un lugar que con tan sólo verlo a distancia, incluso olerlo, podía reconocerlo en segundos. ¡Tan repugnante! ¡Repugnante! Era como entrar a un matadero. La sangre me hervía de impotencia pero al mismo tiempo temblaba de intenso pavor ¿Cómo se atrevían esas cosas a recorrer este infierno como si fuera un parque? ¡¿Cómo?! La piel se me erizaba; era como si pudiera escuchar los lamentos de los míos que pronto se hacían cada vez más y más fuertes. Cerré los ojos ¡Los apreté con tanta fuerza para evitar ver las cabezas y los cuerpos destrozados colgando de esos malditos ganchos de metal, mientras que esos demonios los compraban para después devorárselos como si tuvieran derecho a despojarnos de nuestra propia existencia! ¡Carajo!

Salimos. La luna solitaria era la que ahora nos iluminaba. Cruzamos al otro lado y... sentí un nudo en el estómago. Me llevé una mano a la boca para no gritar. A lo lejos noté un cuerpo que ya varios carros lo habían vuelto una plasta irreconocible... era tan pequeño, tan pequeño. Apreté los puños. Lo vi por última vez para despedirme. No evité llorar. Entré a la cárcel. Solté un grito... y el mundo se cerró a mis espaldas.

